

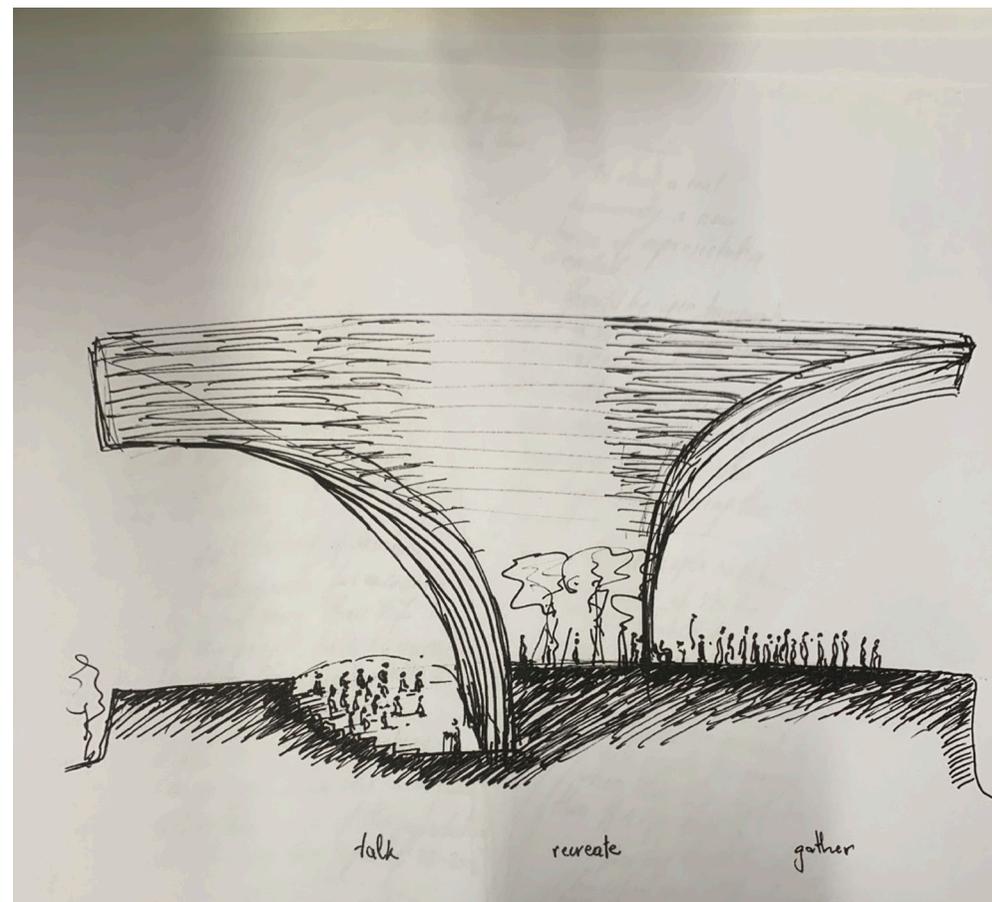
CICLO

Memoria de prácticas, becas de la Fundación Arquia 2024

Kéré Architecture

00.NACIMIENTO

Nacemos el día en que nuestros padres nace la idea de tener un hijo. Hasta entonces, solo existimos en un plano invisible, flotando en el deseo, en la idea. Antes de habitar el mundo, vivimos en el pensamiento de quienes nos sueñan.



Dibujos de Francis sobre el árbol.

No recuerdo haber escuchado el nombre de Francis Kéré hasta que ganó el Premio Pritzker en 2022. En la escuela, su nombre apenas se menciona; a veces, su arquitectura parece lejana, como si perteneciera a otro mundo distinto al de nuestro contexto contemporáneo. Pero fue a raíz de aquella noticia que empecé a investigar quién era realmente Francis. Hubo algo en su personalidad que me cautivó profundamente. Empecé a ver sus vídeos uno tras otro, sin entender casi nada de lo que decía, ya que en ese momento mi nivel de inglés era, pésimo.

Esa especie de obsesión se fue desvaneciendo con el tiempo, y lo guardé como una curiosidad más en mi memoria. Pero, de alguna forma, algo quedó latente, dormido en mi inconsciente.

No fue hasta que terminé el máster y me enfrenté a la gran pregunta —¿qué quiero hacer con mi vida?— cuando volvió a surgir. ¿Qué quiero aprender? ¿Por qué no soñar con dónde me gustaría trabajar? No sé exactamente cómo pasó, pero me puse a hacer un portfolio enfocado exclusi-

vamente en entrar en el despacho de Francis Kéré, ya que había visto una oferta en LinkedIn. Me dije: “vamos a soñar”.

Durante ese proceso, me di cuenta de algo curioso: en mi trabajo de fin de máster, que se titulaba “Vivir bajo el árbol”, había dibujos casi idénticos a los de Kéré. Él usa el árbol como símbolo central de su arquitectura, y sin saberlo, yo había hecho lo mismo. Esa coincidencia me motivó aún más a intentarlo. Después de un mes de trabajo intenso, terminé el portfolio. Pero justo en

ese momento surgió la oportunidad de quedarme trabajando con un profesor en la universidad, y aparqué la idea de enviar mi solicitud al estudio de Kéré.



Concurso Becas Arquia, Teatro de sombras.

Un año después, ya trabajando en la universidad, empezó a rondarme la idea de presentarme a las becas Arquia. Al principio ni lo consideré: no me sentía al nivel, ni creía tener posibilidades reales de ganar un concurso con tanto prestigio. Pero una serie de circunstancias —difíciles de explicar incluso ahora— se alinearon y me impulsaron a presentarme. Contra todo pronóstico, gané.

Fue entonces cuando volvió a mí la idea de Kéré Architecture. Recuerdo el momento

de elegir los estudios de destino y ponerlo en primer lugar “por si suena la flauta”, sin creer realmente que me fuera a tocar. Y sucedió. No sé cómo, pero pasó. Y encima me enteré en un día muy especial: el cumpleaños de mi madre.

Recuerdo que abrí el correo junto a mis compañeras de trabajo y exclamé: “¡Nooooo! ¿En qué momento puse yo eso?” Porque en realidad, no pensaba que me tocaría... Mi reacción fue puro pánico: pánico al inglés, pánico a salir de mi país.



De camino a mi primer día de trabajo.

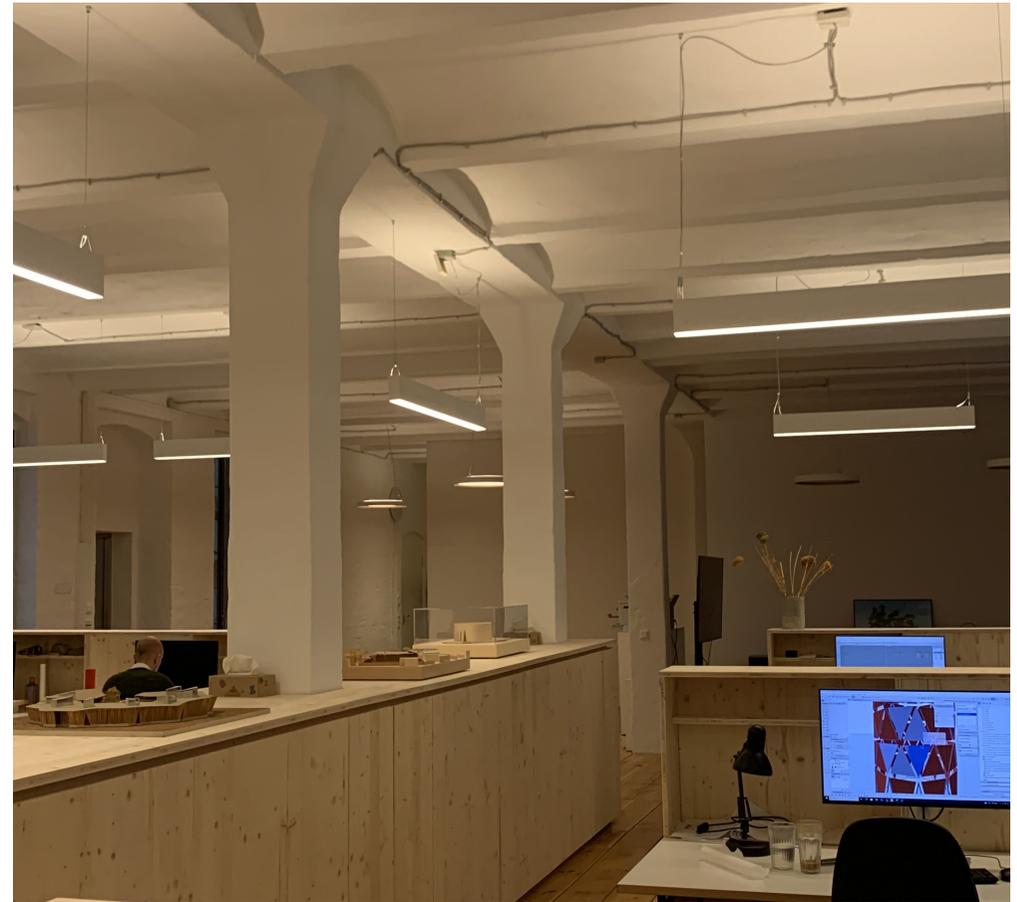
Y así fue como empezó todo.

01. INFANCIA

La infancia es la fascinación por el descubrir, la inocencia, es el asombro por lo nuevo, los primeros pasos.

Recuerdo el primer día. Intenté vestirme lo más elegante y formal posible, quería causar buena impresión. Por la envergadura del estudio, imaginaba un lugar serio, casi rígido, donde uno iría en traje. Por eso elegí mi ropa más correcta. Todo cambió cuando llegué a la puerta, toqué el timbre, y fue Kinan quien bajó a recibirme en el ascensor. Con sus cinco anillos, su jersey, sus pantalones anchos, su mostacho perfectamente recortado... un estilo tan propio que en ese momento pensé: vale, mañana vengo con mi ropa de siempre.

Pronto conocí al resto del equipo. Gente muy joven, con mucho estilo, cada uno de un país distinto. Vi que era gente como yo. Enseguida me sentí tranquilo al descubrir que nada era como me lo había imaginado. En los primeros días, cuando mis amigos me preguntaban cómo era trabajar allí, siempre respondía lo mismo: es como estar en clase con tus amigos de la carrera, donde Francis es el profesor. No porque no se trabaje duro —porque sí, se trabaja—, sino por el ambiente cercano y familiar que se respira, impulsado por la energía joven del equipo.



La Oficina de Kéré Architecture.

Era maravilloso ir conociendo a cada persona. Cada uno con una historia diferente, con una personalidad muy marcada. Y todos aportaban algo único al estudio. Me da cuenta de que el rol que uno adopta allí no está predefinido, sino que nace de lo que puedes ofrecer, desde lo profesional hasta lo personal. Y lo más bonito es que todos eran ellos mismos. Eso, sumado al tamaño reducido del equipo, hacía que fuese muy fácil conocerse. Aunque, como en todo, también necesité un tiempo para entender quién era yo dentro de ese grupo.



Maqueta para Burkina Faso, Ouagadougou. Memorial Park.

Observar a Francis fue, sin duda, una de las cosas que más me fascinó en esos primeros meses. Cuando lo ves moverse por el estudio, entiendes por qué ha llegado hasta donde está. Y no me refiero a los premios, sino al impacto que tiene su figura, especialmente para la gente de países africanos: representa una esperanza. Cuando está en la oficina irradia energía, motivación. Transmite amor por lo que hacemos y el verdadero sentido del trabajo: no como una obra de autor, sino como algo que tendrá un significado profundo

para quienes lo usen. Francis es cercano. Va de mesa en mesa, se sienta, conversa. Acompaña su visión de la arquitectura con aprendizajes sobre la vida.

Esos primeros meses fueron justo eso: observar, descubrir, absorber. Entender que lo más valioso del estudio es el factor humano. Somos arquitectos, sí, pero antes que eso, somos personas únicas y distintas.



Trabajando en el workshop con el Jhony

02. JUVENTUD

Creer es crear una identidad en entender que tu tienes que ser tu mismo para completar la globalidad del mundo.

Los primeros meses en la oficina te los pasas entendiendo. Observas. Escuchas. Te adaptas. Aprendes a manejar programas que nunca habías tocado. Tus tareas son, en general, las que uno imagina para un becario: hacer maquetas, esquemas, planos bonitos, imágenes, pequeñas correcciones. Cosas aparentemente básicas, pero que te permiten estar muy cerca de los proyectos y de las personas que los desarrollan. Ves cómo se toman decisiones, cómo se estructura un proceso, por qué un proyecto sigue un camino y no otro. Participas en

revisiones, en conversaciones de equipo. Muchas veces te toca saltar de un proyecto a otro según las prioridades de la semana, y eso te permite aprender de todo un poco: desde lo técnico hasta lo conceptual.

Es en esos procesos, que pueden parecer repetitivos o incluso aburridos, donde empiezas, sin darte cuenta, a hacer las cosas tuyas. A aportar tu punto de vista. A buscar tu manera. A veces, uno mismo se pone presión: ¿Estoy a la altura? ¿Será suficiente lo que hago? ¿Estoy aprovechando



Pruebas de color.

esto como debería? Trabajar en un estudio como este, con tanta proyección, impone. Pero algo que descubrí muy pronto fue que cualquier aportación era bien recibida. No se juzgaba si era mejor o peor, sino que se valoraba como una mirada más, un acercamiento distinto.

Y esa libertad fue clave. Me permitió explorar. Me dio confianza para experimentar con texturas, materiales, ideas. A veces parecía que lo que hacía no servía para nada, pero al final siempre se aprendía algo. O incluso

se reutilizaba en otro momento. Recuerdo una vez que, mientras yo envidiaba a los arquitectos que estaban diseñando, uno de ellos se me acercó y me dijo: “Bua, ojalá estar como tú, probando cosas nuevas sin límite”. Fue entonces cuando entendí el verdadero valor de mi posición: ser becario también significaba tener la libertad de explorar sin presión.

Trabajé en proyectos tanto en África como en otras partes del mundo. Pero todos nacían desde los mismos valores: la dignidad,



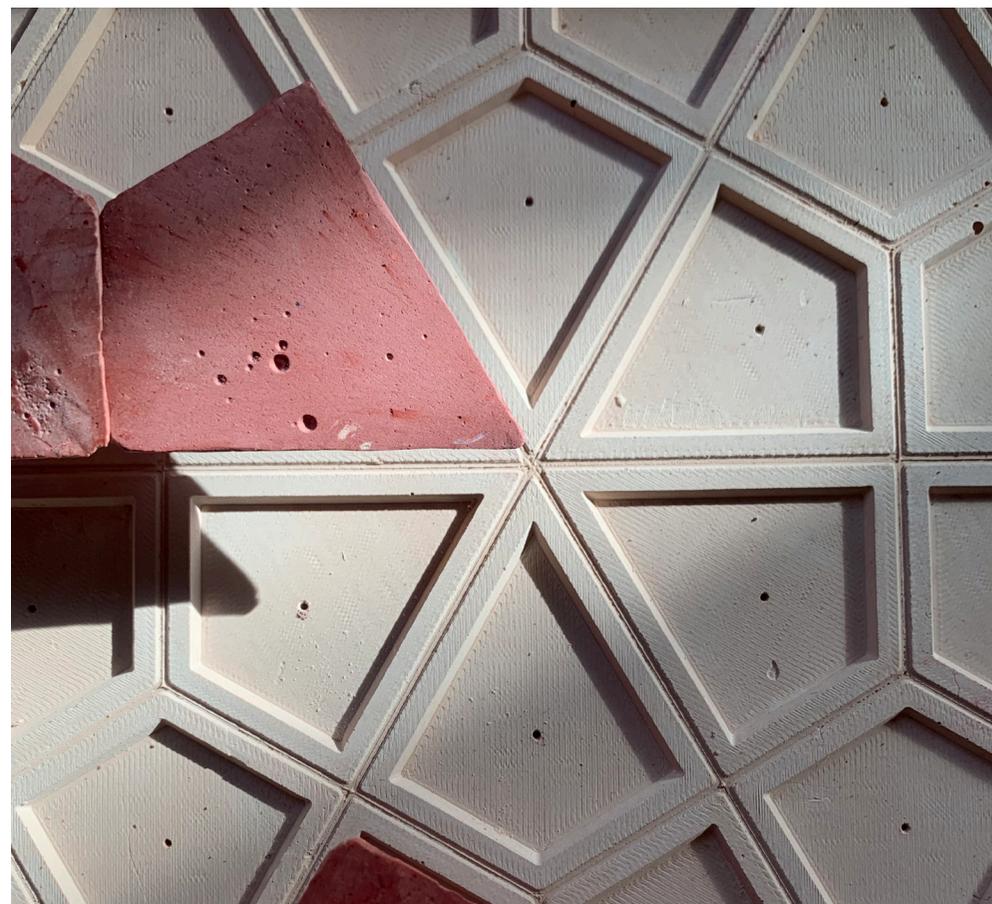
Experto en soldaduro que me converti.

lo humano, lo esencial. Poco a poco, comencé a encontrar mi lugar dentro del estudio. Empezó a forjarse una especie de identidad: quién soy yo aquí, qué puedo ofrecer, cómo puedo sumar.

Empecé a aprender a usar acuarelas para buscar una textura de piedra para una maqueta. Al final, esa técnica no se usó para esa maqueta en particular, pero sí se convirtió en el resultado final de otra de mayor escala que llegó más adelante. Ahí comenzó mi fascinación por dibujar en acuarela.

Otro momento especial fue cuando hicimos una serie de pruebas con pigmentos para encontrar el color perfecto para una maqueta de yeso. Eran procesos que, aunque parecieran menores, me atrapaban por completo, porque me permitían explorar desde lo sensorial y lo manual, desde el error y la prueba.

Pero, sin duda, uno de los días más importantes para mí fue cuando me pidieron desarrollar las estanterías de una parte del proyecto. Con mi extra de motivación, me



Resultado final

puse a dibujar y a desarrollar un pequeño concepto. Cuando Francis pasó por mi mesa, se detuvo a mirar los dibujos. Empezó a hacerme preguntas, y yo, tan nervioso, apenas podía responder sin tartamudear. Pero le gustó lo que vio. Quiso saber más sobre ese espacio, quería ver más. Fue algo único.

Al final, ese diseño no se utilizó porque el proyecto cambiaba casi a diario, pero de alguna manera sentí que una pequeña parte de mi visión se quedó impregnada en otras

zonas del proyecto. Fue además una de mis primeras interacciones directas con Francis, donde por primera vez pudo ver un poco de lo que yo llevaba dentro. Una semana después hice una pequeña presentación frente a él, algo que nunca voy a olvidar.

03. MADUREZ

La madurez llega cuando dejamos de huir de nuestras sombras y empezamos a escucharlas. Es el momento en que las preguntas pesan más que las respuestas, y aún así decidimos quedarnos, entenderlas y así trascenderlas

Al principio, todo era emoción. Esa motivación por aprender, por descubrir lo nuevo, por estar en un sitio como este. Pero con el tiempo, esa emoción se normaliza. Lo nuevo ya no es tan nuevo, y entonces entra en juego tu mente.

Empiezas a pensar en lo lejos que estás de casa, en las situaciones incómodas del día a día, en cómo a veces parece estar muy lejos de la persona segura de sí misma que quieres ser. Te das cuenta de lo que te estás perdiendo por no estar: las navidades,

el cumpleaños de tu padre... o simplemente un abrazo. En ese espacio, donde ya no todo es descubrimiento, es donde pueden aparecer tus sombras.

Llegar a otra ciudad —o más aún, a otro país— no es fácil. Cuesta encontrar tu sitio. Todo es distinto: la cultura, la forma de relacionarse con el trabajo, con los amigos. Son códigos nuevos que al principio no entiendes. Y en ese silencio que se hace cuando todo se para, empiezan a aparecer preguntas difíciles.



Un banco con mucha historia.

Berlín es una ciudad con muchísimo que ofrecer, pero también exige. No te lo da todo de primeras, te hace buscar. Y a veces, en ese proceso, te frustras. Porque las cosas no son como esperabas. Porque el entorno te incomoda. Porque no encuentras tu lugar tan rápido como quisieras. Incluso llegas a preguntarte: ¿Qué hago aquí? ¿Por qué estoy haciendo esto?

Tengo que ser sincero conmigo mismo, y con quien lea esto: no ha sido fácil. Este reto tenía todos los ingredientes para inco-

modarme. Salir de mi país. Empezar desde cero. Exponerme. Ser vulnerable. Pero entre todo ese ruido, empiezas a vivir cosas que nunca antes habías vivido. Y eso te obliga a mirarte desde otro lugar. A conocerte, a escucharte, a entenderte.

Con Juan Carlos teníamos una especie de broma: él me decía que cada vez que se iba unos días de vacaciones, al volver me encontraba distinto. “Ya no eres ese niño tímido que llegó”, me decía. Y algo de razón tenía. Sin darme cuenta, estaba creciendo.



Mis paseos reflexivos por el parque.

Recuerdo un día en la oficina, uno de esos en los que te estás cuestionando todo. Llamaron al timbre y fui yo quien abrió. Tuve la oportunidad de estar un rato hablando con él, Era un chico joven que venía a dejar su currículum para unas prácticas. Su cara, de fascinación de ver la oficina, su discurso todo estudiado que venía preparado de casa sobre el mismo y sus motivaciones, esa emoción me recordó exactamente cómo me sentía yo el primer día que llegué aquí.

Ahí me di cuenta, de golpe, de lo afortunado que soy de estar viviendo esto. De que, aunque muchas veces no lo vea, estoy cumpliendo el sueño que durante tanto tiempo imaginé. Pero claro... nunca pensé que para llegar a ese sueño tendría que enfrentarme tanto a mí mismo.

Y creo que esa ha sido una de las cosas más difíciles —y más importantes— que he hecho nunca. Porque esta etapa no ha sido solo un reto profesional. Ha sido un proceso de transformación personal.



Tras cuatro meses vi mi primer atardecer al salir del trabajo.

Ahora sé que crecer no es solo avanzar, sino también sostenerse cuando todo se tambalea. Y que madurar, muchas veces, es quedarse incluso cuando dan ganas de irse. Eso es lo que realmente te cambia.

04. RENACIMIENTO

Renacer es entender que todo lo que empieza tiene un final y todo aquello que todo lo generado en ese perdido es lo que permanece para el siguiente ciclo, ya sea en ti o en otras personas.

Un ciclo no es más que un nacer y un volver a morir. Como todo en esta vida, nada de lo que vemos es eterno. Pero todo aquello que aprendemos entre la vida y la muerte, entre el inicio y el final, es lo que se vuelve realmente imperecedero.

Si tuviera que hacer un balance entre los momentos buenos y los momentos difíciles de esta experiencia, no sabría decir cuál pesa más. Pero sí tengo claro que lo que inclina la balanza es todo lo que he aprendido. El proceso de crecimiento, tanto per-

sonal como profesional —que siempre he creído que no pueden separarse— es lo que da sentido a todo.

Ahora, al mirar hacia atrás, me encuentro con ese Pablo que empezó este camino: ingenuo, lleno de ilusiones, sin saber lo que estaba por venir. Y solo puedo sonreír, con ganas de volver a nacer, pero esta vez con todo lo aprendido.

Gracias al estudio Kéré Architecture por enseñarme cuál es el verdadero propósito de



Acto de entrega de las becas, Fundación Arquia.

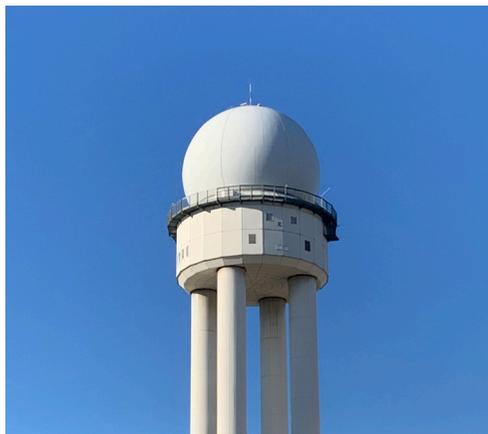
la arquitectura: las personas. Gracias por hacerme soñar, por transmitirme ese amor tan profundo por lo que hacéis, por contagiarme las ganas de hacer milagros en cada proyecto. Por enseñarme que diseñar es también un acto de responsabilidad y por ayudarme a entender una arquitectura más conectada con este mundo. Gracias por compartir conmigo no solo conocimiento, sino también valores humanos.

No sé cómo agradecer a la Fundación, que hizo posible este sueño que, hace solo un

año, era una simple ilusión —o incluso un delirio—. Gracias por permitirme estar en el lugar con el que siempre soñé. Creo firmemente que vuestra labor va mucho más allá de un programa de becas: representa un compromiso con el pasado de la arquitectura para entender mejor el presente y construir un futuro mejor. Gracias, gracias, gracias. No solo por cambiar mi vida y la de mis compañeros, sino por todo lo que representáis y hacéis por la arquitectura de este país.



Mis dos apoyos.



Torre que veía todos los días de camino al trabajo.



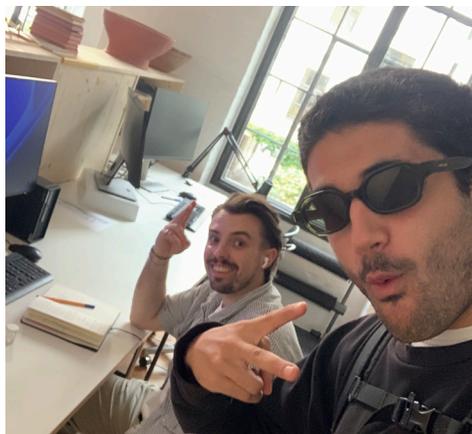
En la celebración de los 25 años del estudio.



La enorme oferta de cultura que tiene para ofrecer la ciudad.



La cantidad de arquitectura que hay para conocer



Mi colega alemán el Jhonny.



Berlin y sus lagos.



El Teacher Ben, la persona más perfecta que conozco.

También gracias a mi familia y a mis amigos, por estar cerca incluso a miles de kilómetros. A todos los compañeros, amigos y almas que he encontrado en este camino y que han marcado mi experiencia.

Solo puedo sentirme profundamente agradecido por todo lo que estoy viviendo. Prometo aprovechar esta oportunidad para hacer, desde mi lugar, un mundo un poco mejor.

Berlin, 21 de Mayo de 2024.